

Aportes españoles en el desenvolvimiento de la industria y el comercio en Buenos Aires

Ángel O. Prignano

La incidencia española en el desarrollo y progreso de Buenos Aires se enlaza, en todos sus aspectos, con la llegada de Pedro de Mendoza y la fundación de la ciudad en 1536, y su definitiva repoblación en 1580 por Juan de Garay. De todos aquellos que pisaron suelo rioplatense con distintos deseos y en espera, acaso, de oportunidades nuevas y más lucrativas, existen nombres poco conocidos o escasamente difundidos en la historiografía porteña. De ahí que hayamos decidido evocar a algunos de ellos: los integrantes de una próspera familia que tuvo importantísima participación en el comercio ultramarino entre España y América del Sur durante el Virreinato del Río de la Plata y aún después de la Independencia; dos jóvenes ingenieros iniciadores de la industria del fósforo en la Argentina; y un industrial del tabaco que, llegado de niño a Buenos Aires, se inició —ya mozo— en la elaboración de cigarrillos, actividad que le permitió amasar una gran fortuna personal, en parte devuelta a los hijos de su país de adopción a través de obras de caridad y apoyando materialmente a artistas y literatos.

De Vigo a Buenos Aires

Los Marcó del Pont eran una familia de comerciantes afincados en Vigo, aunque sus orígenes deben buscarse en Cataluña. A lo largo de tres generaciones tuvo destacada actuación en el comercio de importación y exportación entre España y Sudamérica. Buenaventura Marcó del Pont, el primero de esta estirpe que pudo rastrearse dedicado a estos menesteres, estuvo en Buenos Aires en varias oportunidades a partir de 1785, cuando la travesía del Atlántico era poco menos que una aventura de imprevisible final. En matrimonio con Ángela Juana Méndez procreó tres hijos varones, a los que pusieron por nombres Francisco Casimiro, Ventura Miguel y Agustín, los dos primeros españoles y argentino el restante. Don Buenaventura ordenó sus asuntos en Buenos

Aires cuando sintió que la salud lo abandonaba y partió para España, donde falleció.

Francisco Casimiro sintió la vocación militar e hizo la campaña de Italia con el ejército español. Su valiente actuación en el segundo sitio de Zaragoza le valió una condecoración y el ascenso al grado de coronel. Luego llegó a mariscal de campo y fue prisionero de los franceses. Una vez repuesto Fernando VII en el trono de España, se le asignó la gobernación de la plaza de Tortosa; más tarde fue nombrado Capitán General del Reino de Chile y Presidente de la Real Audiencia, por lo que tuvo que embarcarse para la América del Sur a fin de hacerse cargo de sus funciones. Se enfrentó a San Martín en la batalla de Chacabuco, donde fue derrotado y tomado prisionero por el Libertador. Nunca dejó de lado sus fuertes convicciones realistas y las sostuvo aún después de la Independencia de las Provincias Unidas. Falleció en San Luis en mayo de 1821.

Su hermano Agustín luchó en el bando contrario defendiendo el ideario revolucionario de Mayo. En 1811 ingresó en el Ejército del Norte, hizo toda la campaña de la Independencia y accedió al grado de coronel. Falleció en Salta, donde había fijado su lugar de residencia a partir de 1870.

Ventura Miguel nació en Vigo en 1763. Llegó con su padre en uno de los viajes que periódicamente realizaba a esta parte del mundo y se radicó definitivamente en Buenos Aires. Su idea era explotar el comercio de ultramar, principalmente la exportación de cueros, para lo cual adquirió una gran barraca en las cercanías del actual parque Lezama. Por otra parte, el Cabildo de Buenos Aires lo comisionó para numerosas operaciones comerciales en Europa, entre otras la adquisición de las primeras tablillas que se colocaron en las esquinas porteñas para identificar el nombre de las calles. También ocupó importantes cargos públicos; fue regidor del Cabildo y alférez real. Es de destacar su valiente participación durante las invasiones inglesas, tomando personalmente un estandarte que se conservó en la familia hasta la muerte del último Marcó del Pont en 1970. Ventura Miguel fue invitado al Cabildo Abierto del 22 de mayo de 1810 pero no concurrió. La esquila que se le envió en esa oportunidad es objeto de exhibición actual en el Museo Histórico Nacional.

La muerte lo sorprendió al final de uno de sus continuos viajes a Europa representando intereses comerciales españoles y americanos. Dejó de existir en Puerto Real, Andalucía, en 1836. Estaba casado con Francisca Díaz de Vivar, perteneciente a una antigua, próspera y prestigiosa familia de la villa de Luján, con quien tuvo seis hijos.

Antonino, uno de los vástagos de don Ventura y doña Francisca, siguió el sendero marcado sucesivamente por su abuelo y por su padre. En 1840 fundó una firma con su nombre en la calle Chacabuco al 300, desde donde continuó y aún amplió el negocio familiar: incorporó la importación de maquinarias agrícolas e industriales, animales de raza, materiales de construcción y tabaco desde La Habana, entre otras cosas. Fue él quien introdujo los prestigiosos vinos de Burdeos en Buenos Aires.

Pero no sólo atendió el comercio ultramarino y panamericano; también probó fortuna ingresando en el mundo de las finanzas a través de algunas inversiones en diversos negocios. Así, adquirió una proporción importante del capital accionario de la empresa del Ferrocarril Central Argentino y de la Sociedad Anónima de los Caminos de Flores y de Gaona, esta última dedicada al mantenimiento por peaje de las dos principales vías de acceso al centro de la ciudad por el partido de San José de Flores, las actuales avenidas Rivadavia y Gaona, respectivamente. En la primera le fue bien; en la segunda perdió todo, pues la empresa quebró al poco tiempo de iniciar sus actividades en 1870.

Don Antonino Marcó del Pont ocupó, además, cargos públicos con gran sentido de responsabilidad dando muestras de ser un ordenado y honesto administrador. Se desempeñó como directivo del Banco Argentino y fue designado primer presidente de la Lotería Nacional. «Conspicuo miembro de la alta sociedad argentina –dice Cunietti-Ferrando–, era considerado un caballero en todo el sentido de la palabra por su hombría de bien y la rectitud de sus proceder». Desposó en Buenos Aires a doña Feliciano Reyna, con quien tuvo nueve hijos, siete varones y dos mujeres. Ninguno de ellos siguió los pasos de sus antecesores y la actividad comercial de la familia terminó con su muerte, acaecida el 17 de marzo de 1887.

Tres de sus hijos sobresalieron por otras razones. Ventura Miguel fue un pintor paisajista de buen oficio, José destacó como historiador, numismático y gran filatelista, y Augusto se recibió de abogado y desempeñó cargos legislativos (diputado y convencional provincial), además de participar en la comisión revisora del Código Civil argentino. El doctor Augusto Marcó del Pont falleció en el naufragio del vapor *América*, el 24 de diciembre de 1871. Viajaba con su esposa, Carmen Pinedo, que se salvó merced al generoso acto de Juan Viale, quien le cedió su propio salvavidas y pereció ahogado.

Digamos, por último, que los Marcó del Pont hicieron un postrer aporte a la ciudad de Buenos Aires, particularmente al barrio de Flores.

Antonino Marcó del Pont mandó construir una hermosa casaquinta en el entonces pueblo de San José de Flores, a la sazón cabecera del partido provincial del mismo nombre.

Uno de sus hijos, el ya citado José Marcó del Pont, en los salones de esta casona solía recibir a los historiadores Enrique Peña, Bartolomé Mitre, Alejandro Rosa, Aurelio Prado y Rojas, Ángel Carranza y otros invitados, quienes departían cordialmente en los salones de la casa y sembraron la semilla de la Junta de Numismática Americana, convertida posteriormente en la actual Academia Nacional de la Historia. En la llamada Revolución de 1880, la propiedad sirvió como temporario hospital de sangre y su último morador, José Antonino Marcó del Pont, en 1929 la vendió al Ferrocarril del Oeste que pretendía construir una cuarta vía nunca realizada. Esto permitió que la vivienda se mantuviera en pie durante los años siguientes, aunque en condiciones de precariedad absoluta; tanto que estuvo a punto de derrumbarse. Todos estos antecedentes fueron elevados por la Junta de Estudios Históricos de San José de Flores a la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos con el fin de que fuera declarada Monumento Histórico Nacional y se recuperara para la ciudad. Los trámites culminaron exitosamente: la casona adquirió aquel rango en 1976 y su reconstrucción total culminó en 1998. Dos años más tarde, concretamente el 4 de mayo de 2000, allí se inauguró la Casa de la Cultura de Flores «Marcó del Pont» (General José Gervasio Artigas 202) y dos meses después (21 de julio), la Junta de Estudios Históricos de San José de Flores estrenó su sede y biblioteca pública. Este último espacio fue cedido por la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en reconocimiento de la lucha de esta institución para evitar la pérdida de una de las pocas y clásicas construcciones del Buenos Aires de fines del siglo XIX.

Pioneros de la industria del fósforo

Dos jóvenes ingenieros españoles, de los que bien poco se sabe, fueron quienes iniciaron la fabricación de fósforos en la Argentina. Ellos se han ganado un lugar de privilegio en la historia de la industria argentina. Llegaron a la capital de la Confederación en tiempos difíciles, poco después de la caída de Rosas, pero enseguida se adaptaron a estas tierras intentando una actividad de la que no se tenían antecedentes en estos confines del mundo.